



Artículos

Escudo de Mérida ubicado en el Edificio del Rectorado de la Universidad de Los Andes.

Fuente: Archivo Histórico “Eloi Chalbaud Cardona” de la ULA. Colección fotográfica.

SOBRE “IL SAGGIATORE”, LIBRO DE GALILEO GALILEI, TRAÍDO POR EL OBISPO TORRIJOS EN SU COPIOSA BIBLIOTECA

Homero A. Calderón Rondón*

Resumen

En *la Minuta* de los libros que envió el Obispo Juan Manuel Cándido de Torrijos a su Diócesis de Mérida-Venezuela, aparece registrado un ejemplar de *Il Saggiatore* de Galileo Galilei, impreso en Roma el año 1623. El libro, al que se le anexó otro del mismo autor, la *Istoria e dimostrazioni in torno alle macchie Solari e loro accidenti*, impreso también en Roma en 1613, se encuentra en la “Sala de Libros Raros y Antiguos” Biblioteca Tulio Febres Cordero de la Universidad de los Andes. Las características de las obras así como un breve análisis de las polémicas que sostuvo el autor con dos prominentes miembros de la Compañía de Jesús, son recogidas en el presente artículo.

Palabras clave: Universidad de Los Andes – Biblioteca – Obispo Torrijos – Galileo Galilei - *Il Saggiatore*.

Abstract

In the Summary of the books sent by Bishop Juan Manuel Candido de Torrijos to his Diocese of Mérida-Venezuela, is recorded a copy of Galileo Galilei's *Il Saggiatore*, printed in Rome in 1623. The book, in which was annexed another book from the same author *Istoria e dimostrazioni in torno alle macchie Solari e loro accidenti*, also printed

* Historiador, Profesor Jubilado de la Facultad de Humanidades y Educación. Escuela de Historia. Departamento de Historia Universal ULA. Correo electrónico: homerocalderon1@hotmail.com.
Aceptación: Mayo 2014 / Revisión: julio 2014 / Finalización: Octubre 2014.

in Rome in 1613, remain in the Room of Rare and ancient Books of the Tulio Febres Cordero Library of the University of the Andes. The characteristics of the works and a brief analysis of the controversies said by the author with two prominent members of the Society of Jesus, are listed in this article.

Keywords: Universidad de Los Andes – Biblioteca – Obispo Torrijos – Galileo Galilei – Il Saggiatore.



Seis de julio del año de gracia 1792. En el puerto de Cádiz se prepara para zarpar rumbo a tierras americanas un bergantín de nombre "Areñón"; en sus bodegas, colocados en cajones debidamente numerados, se hallan cientos de libros de la más variada materia: hagiográficos, bíblicos, litúrgicos; de teología, medicina, derecho canónico, civil y romano; de historia, geografía, literatura clásica grecolatina, química, física, matemáticas, farmacopea; diccionarios en latín, francés y castellano, y algunos libros expurgados por el Santo Tribunal de la Inquisición con su debida nota del calificador designado para tal fin. Se trata de la famosa biblioteca que traía como equipaje el recién designado obispo para la Diócesis de Mérida, Juan Manuel Cándido de Torrijos, junto a algunos objetos y ornamentos de carácter litúrgico, además de un reloj para la catedral, un órgano, un gabinete de física, una máquina eléctrica y otra neumática, un globo terráqueo y otro celeste, aparatos para la enseñanza de las ciencias naturales y otras cosas más, amén del cuerpo completo del mártir San Clemente. En uno de esos cajones, el distinguido con el número 39, tal como se encuentra anotado en la minuta de dichos libros¹, se halla un ejemplar de la edición príncipe de *Il saggiatore*, obra de Galileo Galilei, impresa en Roma por la Academia dei Lincei en el año 1623 (Lámina I).

El libro presenta formato en 4º o cuartilla y está valorado en 8 reales, según consta en la minuta. Tenemos la fortuna de conservarlo –luego de 222 años de su llegada a Mérida y 391 de su impresión– en la Sala de Libros Raros y Antiguos de la Biblioteca Tulio Febres Cordero de nuestra Universidad de Los Andes, junto a unos pocos de los casi tres mil que trajo el Obispo Torrijos (según nuestra hipótesis), y otros cientos provenientes de varias bibliotecas –la de los jesuitas, las de Fray Ramos de Lora, Milanés, Irastorza y Villamizar, las de los conventos de San Francisco, Clarisas, San Agustín– y de la donación por particulares o producto de confiscaciones, todos ellos integraban la antigua biblioteca del Colegio Seminario de San Buenaventura y luego de la Universidad, como podemos apreciar en los respectivos *ex libris* colocados en las primeras páginas de los libros.

CARACTERÍSTICAS DEL LIBRO

La obra carece de la portada y de la dedicatoria original, habiéndose restaurado con facsímiles enviados desde Europa por el insigne humanista Don Américo Castro (Lámina II). Su estado de conservación es bueno y para beneplácito nuestro encontramos encuadernada al final de ella otra obra del mismo Galileo: la *Istoria e dimostrazioni in torno alle macchie Solari e loro accidenti* (Lámina III).

Disponemos así de dos preciosos documentos contemporáneos de Galileo, que nos permiten reflexionar sobre su vida y obra. Ambos libros están escritos en italiano, lengua vernácula del autor. Cabría preguntarse por qué Galileo prefirió esta lengua para publicar sus trabajos posteriores al *Sidereus nuncius*², escrito en latín y publicado en Venecia el año 1610, pues bien sabemos que el latín era la lengua utilizada por los humanistas, hombres de ciencia, académicos del Renacimiento y la Iglesia para divulgar sus doctrinas. Se nos ocurre que fue a raíz del revuelo causado por la publicación en esa obra de los descubrimientos siderales hechos por él desde el año anterior mediante el telescopio y continuados sin interrupción luego de haber salido a la luz. Fueron estos: estructura de la superficie lunar; fases lunares y

de Venus; nuevas estrellas; cuatro lunas de Júpiter (llamadas por él Planetas Mediceos); verdadero aspecto de las nebulosas; manchas solares; aspecto de Saturno (anillos); movimiento de los astros de acuerdo con la teoría heliocéntrica de Copérnico –descubrimiento que provocaba el colapso de la teoría geocéntrica de Ptolomeo, aceptada hasta ese momento por la Iglesia y sostenida férreamente por teólogos, astrónomos y científicos seguidores del aristotelismo propugnado por el escolasticismo medieval, y que levantaba las primeras voces detractoras en contra de Galileo (aparte de la polémica por la autoría de algunos de sus descubrimientos tales como el de las manchas solares o por la invención del telescopio).

Conociendo a través de los escritos de quienes lo han estudiado, el carácter y la manera de pensar de Galileo, irreverente con las tradiciones y costumbres de la época, y la fina ironía con que se refería a sus adversarios (véase al respecto el excelente artículo titulado *Luz y sombra de Galileo Galilei* de José Luis Álvarez García)³, creemos que mostró también con esta manera de escribir su desacuerdo con ellos. Podrían tomarse en apoyo a nuestra hipótesis, los 53 párrafos de *Il Saggiatore*, en los cuales refuta punto por punto lo argumentado por el jesuita Horatio Grassi en su *Libra astronómica ac philosophica*, publicado bajo el seudónimo de Lothario Sarsi Sigensano. Cada párrafo está precedido del texto en latín del libro de Grassi seguido de su disertación en italiano, contraponiendo así las dos maneras de escribir, adoptando el italiano como sinónimo de verdades que debían ser ampliamente difundidas, como el mismo Galileo nos da a conocer en una carta escrita a su amigo el canónigo Paolo Gualdo, *Io l'ho scritta volgare perché ho bisogno che ogni persona la possi leggere*⁴. Al utilizar el italiano buscaba difundir entre el vulgo sus descubrimientos, reservados sólo a las clases cultas conocedoras del latín; esa sería la otra interpretación que podría darse a sus palabras *...ho bisogno...* tengo necesidad. Sin embargo, en su segunda carta a Marcus Welser (Velseri) fechada el 14 de agosto de 1612, también explica las razones que tuvo para escribir en la *Favella toscana* (lengua toscana):

...lo escribí en esta lengua, sin abusar de ella, porque basta para explicar y tratar conceptos de todo tipo, resultando muy agradable

*a nuestras academias y a toda la ciudad. Pero por otra parte, yo he tenido un particular interés: el no privarme de las respuestas de V.E. en tal lengua, vista por mí, y por mis amigos con mucho más deleite y maravilla que si fuesen escritas en purgado estilo latino y porque al leer cartas con locuciones tan propias, es como si Florencia extendiese sus límites más allá del recinto de sus murallas hasta Augusta (Ausburgo)*⁵.

Una cosa es cierta: al adoptar el italiano para sus escritos, Galileo rompió con la tradición humanista. Su línea será continuada por otros como Descartes, que en 1637 publicó en francés su *Discours de la méthode* y Roberto Boyle que dio a luz en inglés en 1661 el *The Sceptical Chymist*. La ciencia comenzaba de este modo a acercarse al gran público.⁶

ORIGEN DE LA ISTORIA E DIMOSTRAZIONI INTORNO ALLE MACCHIE SOLARI E LORO ACCIDENTI

Esta obra no es otra cosa que la réplica a las tres cartas que el jesuita alemán Christopher Scheiner escribió en 1612 desde Ingoldstadt, Baviera, a su amigo Marcos Welser (Velseri) residente en Augusta, (Ausburgo) informándole de observaciones realizadas por él y su ayudante Cysat mediante un catalejo (telescopio), las cuales dieron como resultado el descubrimiento de manchas solares y pidiéndole su opinión al respecto. Welser imprimió las cartas bajo el seudónimo de Apelles –famoso pintor de la época de Alejandro Magno (siglo IV A.C), quien según la leyenda se escondía detrás de sus cuadros para escuchar los comentarios que se hacían a sus pinturas– y envió copias al astrónomo alemán Johannes Kepler (*1571-+1630) y a Galileo (*1564+1642) para que fueran ellos los que con el prestigio y reconocimiento que tenían emitieran su veredicto. Kepler, que también había visto una pequeña mancha en 1607 “de las dimensiones de una menuda pulga”, según su testimonio, respondió de inmediato, citando otras observaciones realizadas en época de Carlo Magno, pensando que se trataba del paso de Mercurio en su órbita en torno al Sol, e interpretando las manchas como zonas de enfriamiento solar⁷. En su segunda carta a Welser, (Velseri) Galileo se refiere a dicho acontecimiento diciendo:

...en los anales e historias de los Franceses, ex Biliotheca P. Pithaci I.C. impresa en Paris el año 1588, en la vida de Carlo Magno, p.62 se lee haber sido observada por todo el pueblo de Francia durante ocho días continuos una mancha negra en el disco solar, de la que no pudo ser observado el ingreso ni la salida por impedirlo las nubes y se creyó que era Mercurio, entonces en conjunción con el sol ...

Agrega luego que se trataba de un gran error, pues si hubiese sido así, la conjunción no habría durado ni siete horas que es el tiempo que se necesita para ello y que si este hecho hubiera ocurrido recientemente, Kepler no habría tenido tantas fatigas en lo discernido, como el mismo no las tiene; que como verdadero filósofo, no será reacio en aceptar lo expresado y dará consenso a sus observaciones y discursos ⁸.

Galileo, que recibió las cartas de Welser fechadas el 6 de enero de 1612, demoró su respuesta casi cuatro meses (4 de mayo de 1612), según la carta en que se disculpa, primero por quebrantos de salud que le impidieron responder las múltiples comunicaciones recibidas de varias personas y luego, con un razonamiento digno de un verdadero hombre de ciencia apegado al método científico experimental, al que dio inicio, porque

...la dificultad de la materia y el no haber podido yo hacer muchas observaciones continuas, me han tenido, y tienen aún dudoso e indeciso, y me conviene andar con tanta más cautela y circunspección en el pronunciar novedad alguna, que muchos otros, respecto a las cosas nuevas observadas y lejanas de las comunes, y populares pareceres, las cuales, como bien sabe V.E. han sido tumultuosamente negadas, e impugnadas, me colocan en la necesidad de tener que esconder y callar, como se quisiera, un nuevo concepto, hasta que yo no tenga demostración más cierta y palpable⁹

En esta primera carta, nuestro autor refuta de una manera magistral los argumentos del falso Apelles, adjudicándose al mismo tiempo el privilegio de haber iniciado dieciocho meses antes el estudio de las manchas solares y haberlo mostrado en Roma un año antes, cuestión que ratifica Angelo Fillis cuando en su carta al lector, citada anteriormente, dice que antes de partir de Roma (a mediados de 1611) Galileo

...anuncia ser el descubridor de las manchas solares, y lo demuestra no sólo con palabras sino con la práctica misma, hace observar las manchas en más de un lugar; en particular en el Jardín Quirinal del Ilustrísimo Señor Cardenal Bandini, presente allí el mismo Señor Cardenal, con los Reverendísimos Monseñor Señor Corfini, Dini, el Abad Cavalcanti, el Señor Julio Strozza y otros Señores.¹⁰

El contenido de tan larga y sustentada disertación entusiasmó tanto a Welser, que comunicó a su común amigo Giovanni Francesco Sagredo en Venecia, su deseo de publicarla. Así se lo manifiesta a Galileo en la segunda carta que le envía el 1º de junio de 1612:

He escrito al Clarísimo Sr. Sagredo, y lo repito a usted, que si yo estuviese en Ciudad, donde hubiesen Impresores Italianos, esperaríá obtener licencia por gentileza de V.E. para poder publicar de inmediato esta fatiga, creyendo poder hacerlo seguramente.¹¹

La segunda carta de Galileo, fechada el 14 de agosto de 1612 es aún más rica en información sobre las manchas solares. En ella ya no manifiesta las dudas e indecisiones a que hace referencia en la primera. Aplicando su método físico experimental, a través de la repetición una y otra vez sus observaciones, llega a demostrar la verdad de sus apreciaciones.

Tal como había prometido a Welser al final de la primera carta, para dar satisfacción a los requerimientos de su amigo Apelles y a fin de que éste entienda las razones de sus disertaciones contrarias a lo expresado en sus tres cartas, le anexa los diseños de las observaciones de las manchas solares realizadas durante todo el mes de junio y parte de julio, "...día por día, sin error de un mínimo cabello, hechas de un modo exactísimo inventado por un discípulo mío, las cuales podrán serle de utilidad para su filosofar acerca de la esencia de ellas."¹² Manifiesta a Welser su deseo de gozar de la amistad de Apelles y le ruega remitirle sus nuevos comentarios y diseños junto a sus saludos muy afectuosos.

La segunda carta, en la que además de los diseños anexaba una copia de su tratado *Sobre las cosas que flotan en el agua y las que se sumergen*, llegó con bastante retardo a manos de Welser, pues fue retenida por

Giovanni Francesco Sagredo en Venecia por más de un mes, ya que éste quería tener una copia de ella y debido a sus múltiples diseños demoró mucho tiempo; por otra parte, el mismo Galileo no la envió en la fecha señalada sino el día 23 de agosto, pues como hizo notar en la postdata de la carta,

...Conforme a lo que me había imaginado y escrito, seis días después ocurrió lo enunciado, porque los días 19, 20 y 21 del presente mes, fue vista por mí y otras muchas personas gentiles hombres con la simple vista natural, una mancha oscura cercana al medio del Disco Solar en su tramontar, la cual era más grande entre muchas otras que se veían con el telescopio, y de las que mando a V.E. los diseños.¹³

La alegría de Welser fue tal, que en su respuesta a Galileo en una cuarta carta de fecha 5 de octubre de 1612, le dispensa de su retardo y le dice que la recibió como *maná*.¹⁴ El entusiasmo que tenía por publicar la primera carta creció con ésta y seguramente como resultado de su comunicación con Federico Cesi, primer miembro fundador de la Academia dei Lincei, a la que pertenecía Galileo desde el 25 de abril de 1611, se acordó en el seno de ésta la publicación de ambas cartas de inmediato, así lo manifiesta Welser en la misma carta, en donde le dice que, debido a los diseños de las observaciones, se presentará un poco de dificultad, pero que se resolverá reduciéndolos un poco. Galileo respondió en la tercera carta, del 1º de diciembre de 1612:

Acerca de aquello que V.E. me anuncia del pensamiento del Excelentísimo Señor Federico Cesi Príncipe, es muy cierto que yo envié a S.E. copia de las dos cartas solares, pero no era con la intención de que fueran publicadas con la imprenta, pues en tal caso les habría aplicado estudio, y diligencia mayor; porque si bien lo consiento, y lo aplaudo de V.E. sola es por mi deseado, y estimado igualmente por todo el mundo en conjunto, sin embargo tal gracia espero de la benignidad suya, y del cortés afecto de su genio hacia mí, y mis cosas, la cual no debo esperar de los escrupulosos inquisidores, y severas censuras de muchos otros. Y en mi opinión, quedan algunas cosas aun no bien digeridas, ni determinadas; de las cuales una principal es la incidencia de las manchas sobre lugares particulares de la superficie solar y en ninguna otra parte.¹⁵

Piensa nuestro autor que la forma en que se presentan las manchas, bajo especie de líneas rectas, tiene que ver con el eje solar y el terrestre en el plano de la eclíptica, cuestión que estima de gran consideración, es decir de minucioso estudio. Por tal motivo y por otros, piensa que deberá retardar la publicación de esa materia en un tratado más extenso, sin embargo respeta la decisión de Cesi por considerar que es “...*patrón absoluto de sus cosas y... por haberlas estimado dignas de la luz*”.

Las cartas de Galileo, incluyendo la última, unas tablas de cálculo para observación de los Planetas Mediceos (*Constituciones Mediceas*) y las cartas del falso Apelles (Cristopher Scheiner) a Velseri, fueron publicadas por Giacomo Mascardi en las calendas de enero de 1613. Llama la atención que el permiso de impresión firmado por los Reverendísimos P.M. Sacri Palatii Cesar Fidelis Vicesgerens, P. F. Ludovici Ystella Valentini, Antonius Butius Favertinus, y Fr. Thomás Pattavicinus Bonon fue fechado el 4 de noviembre de 1612, cuando la última carta de Galileo con sus observaciones para la publicación y las tablas de predicciones de los Planetas Mediceos no había sido enviada. Recordemos que ésta tiene fecha 1º de diciembre de 1612, por lo que deducimos que cuando llegó a manos de Velseri, ya el trabajo de publicación de las dos primeras cartas estaba terminado y de inmediato anexaron estos últimos documentos para que saliera a la luz el 13 de enero de 1613, según consta en la carta de presentación enviada por Angelo de Filiis –quien figura como editor responsable a nombre de la Academia de los Linces– a Filippo Salviati.

¿POR QUÉ AMBAS OBRAS APARECEN EN UN SOLO VOLUMEN?

Es muy difícil saberlo, pues entre las dos publicaciones hay una distancia de diez años y si bien ambas fueron impresas por la misma casa editorial de Giacomo Mascardi en Roma, por encargo de la Academia de Los Linces, no habría razón para que las dos hubiesen sido encuadernadas así tratándose de obras diferentes; a menos que como en *Il Saggiatore* se menciona esta publicación en la página 2, cuyo objetivo era reivindicar al descubridor de las manchas solares frente a

lo sostenido por Scheiner bajo el pseudónimo de Apelles, se hubiesen encuadernado juntas para que el lector pudiera cotejar y extraer conclusiones sobre los escritos de su adversario. Si fue por decisión de la Academia de los Linceos, no tenemos constancia para afirmarlo. Otra probabilidad que se nos ocurre es que haya sido el mismo Obispo Torrijos quien lo ordenó, para traer así a su Diócesis de Mérida ambas obras del mismo autor, aun cuando en la Minuta no conste así. Una tercera suposición sería que en las sucesivas reorganizaciones de la biblioteca del Seminario y de la Universidad, se hayan encuadernado de esta manera habiéndose perdido las portadas de ambos libros.

BREVE HISTORIA DE *IL SAGGIATORE*

Ha sido considerado como uno de los más brillantes éxitos literarios de Galileo, quien fue aclamado por escritores y hombres de letras, llegando incluso a considerársele el mejor escritor del siglo XVII "...alabado por los expertos italianos debido al magistral estilo de su prosa."¹⁶ Se trata de un libro en que, como habíamos dicho anteriormente, nuestro autor polemiza duramente y de manera abierta, en cada uno de los 53 capítulos de que consta, con el jesuita Horacio Grassi, quien junto a Scheiner, su adversario de hace diez años, y otros miembros del Colegio Romano de los jesuitas serán, por tal razón, parte importante en el juicio y posterior condena de Galileo en 1633. Así lo declaró posteriormente el padre Grienberger, presidente del citado Colegio:

...si Galileo no se hubiera atraído el disgusto de la Compañía de Jesús, podría haber continuado escribiendo con libertad sobre el movimiento de la Tierra, hasta el fin de sus días.¹⁷

El ensayo data de 1618, cuando se visualizaron tres cometas que fueron motivo de estudio por parte de varios astrónomos europeos, entre ellos el jesuita Horatio Grassi Savonensis, quien dictó una conferencia publicada en 1619 bajo el título *Disputatio astronómica de tribus cometis*, escrita según los cánones del escolasticismo defendido por los miembros del Colegio Romano de los jesuitas al que pertenecía Grassi. En ella el autor se muestra partidario del sistema ticomónico,

una variante del sistema ptolomeico, creado hacía pocos años por el astrónomo danés Tycho Brahe (1546-1601), mediante el cual se afirmaba que la Tierra era el centro del universo y que el Sol, junto con los demás planetas girando en torno suyo, se trasladaba a su vez alrededor de la tierra. Ya para ese entonces Galileo había empezado a escribir *Il Saggiatore*, motivado primeramente por el fenómeno celeste señalado y por sus observaciones realizadas por primera vez con el telescopio; en segundo lugar, por la gran cantidad de información relativa a los cometas aportada por el mismo Brahe quien al admitir que estos fenómenos podían ocurrir más allá de la esfera lunar, echaba por tierra la doctrina aristotélica. El discurso de Grassi era un desafío para Galileo, quien debido a la prohibición que tenía desde 1616 de escribir sobre el copernicanismo, "cauto y circunspecto al referirse a novedades" como señalaba en aquella carta a Velseri que mencionamos antes, no quiso involucrarse abiertamente en una polémica sino, tal como lo hizo aquel falso Apelles, ocultándose en un pseudónimo,¹⁸ replicó con su *Discurso sobre los cometas* bajo el nombre de un amigo: Mario Guiducci. En este tratado expone su tesis y ataca violentamente a los defensores del sistema tiónico, aprovechando para contraponerlo al sistema heliocéntrico de Copérnico.

La respuesta de los jesuitas no se hizo esperar. Sospechando que era Galileo el verdadero autor del *Discurso*, Grassi contraatacó con un nuevo tratado titulado *Libra astronomía ac Philosophica*, publicado con el pseudónimo de Lottario Sarsi Sigensano. Esta vez Galileo, a quien Grassi menciona una y otra vez en su *Libra* impugnando sus proposiciones, animado por sus amigos y contando con el apoyo del Cardenal Francesco Barberini, recientemente elegido Papa bajo el nombre de Urbano VIII, reaccionó abiertamente abandonando el silencio al que estaba obligado –como el mismo dice utilizando un conocido adagio, "si alguien quiere molestar al mastín que duerme, que se esfuerce en hacerlo callar"(p. 8)– completó y sacó a la luz *Il Saggiatore*, (*El Ensayador*) cuyo título según el mismo explica, es una metáfora (p. 9) que se debe a la cuidadosa manera que tienen los ensayadores al pesar sin riesgo a equivocarse ni en un sexagésimo de grano.

El contenido de *Il Saggiatore* ha sido ampliamente estudiado y comentado por diversos autores, por lo que sería redundante insistir en ello. Si bien como anotamos al comienzo de este apartado, la fama de ella es más literaria que científica, es bueno destacar que en muchos pasajes deja constancia de sus nuevos criterios para llegar a la verdadera filosofía mediante su método científico enunciado en *Siderius nuncius*, por lo que se le reconoce como el padre de la física actual. Tal vez por el carácter polémico de la obra, se ha minimizado la profundidad de los conceptos relativos a su método de investigación científica, basado en la observación repetida y teniendo como base la geometría y las matemáticas, para llegar por medio de la razón y la lógica a deducir las leyes por las que se rigen los fenómenos físicos. Todo esto está resumido en el célebre y siempre citado pasaje al que no puedo dejar de hacer mención. *La filosofía está escrita en ese grandísimo libro, que continuamente está abierto ante nuestros ojos (quiero decir el universo), pero no se puede entender si antes no se aprende la lengua y se conocen los caracteres en los cuales está escrito. Está escrito en lengua matemática, y los caracteres son triángulos, círculos, y otras figuras geométricas, sin cuyos medios es humanamente imposible entender una palabra; sin estos, uno da vueltas vanamente como en un oscuro laberinto.*¹⁹

Finalmente, no puedo pasar por alto un aspecto que me llamó mucho la atención en *Il Saggiatore*. Se trata de la posición de negación asumida por nuestro autor en torno al valor de la autoridad libresca para filosofar, tan del gusto de la escolástica. Galileo antepone a esa la experiencia obtenida mediante la observación, es decir por la vista. Lo mismo opina con respecto a los que creen ciegamente en lo que oyen decir. Ambos testimonios los considera poco dignos de crédito. Esa actitud de Galileo recuerda la asumida por algunos escritores griegos y romanos de la antigüedad con respecto a la Historia. Polibio, historiador griego del siglo IV a.C. daba poco crédito a lo referido por otros autores utilizando fuentes escritas u orales; para él, la verdad de lo narrado residía en la observación, es decir, en la autopsia por haber sido testigo presencial.

De dos órganos con que parece habernos dotado la naturaleza para formarnos e instruirnos a fondo de las cosas, el oído y la vista, esta

*es incomparablemente más cierta, según Heráclito, porque los ojos son testigos más exactos que las orejas.*²⁰

Cicerón, el gran filósofo romano del siglo I a.C, opinaba, de modo similar, que los documentos podían ser adulterados por los escritores y daba preferencia a los testimonios en donde intervenía la vista, no el oído. De la misma manera se refería a lo dicho por los poetas, a quienes les está permitido mentir, valerse de la ficción, mitos y fábulas presentándolos como verdaderos y por tanto sin gran utilidad para la Historia.²¹ Galileo también emite un juicio parecido cuando dice que a la poesía son necesarias fábulas y ficciones, sin ellas no existe, pero tales mentiras son aborrecidas por la naturaleza, siendo imposible encontrar en ella ni una sola, así como no se encuentran tinieblas en la luz.²²

Heródoto, considerado el padre de la Historia, también expone su método para llegar a la verdad, basado en la observación directa y la tradición oral, dándole mayor importancia a lo que él mismo podía comprobar. El conocimiento directo es la fuente más digna de crédito, porque pone al investigador en contacto directo con la realidad y no depende de otros.²³

Como podemos darnos cuenta, tanto Galileo como los autores citados coinciden en el método que se debe seguir para llegar a la verdad: la observación directa, es decir la autopsia, el primero aplicándolo al conocimiento del mundo físico y natural y los segundos al de la Historia.

CONCLUSIONES

Entre los libros traídos por Fray Cándido de Torrijos a su Obispado de Mérida en Venezuela, venía un ejemplar de la obra de Galileo Galilei titulado *Il Saggiatore*, de la primera edición realizada en Roma en 1623. Anexado a éste, se encuentra otra obra del mismo autor, la *Iistoria e dimostrazioni intorno alle macchie Solari e loro accidenti*. Gracias a que se

conserva actualmente en la sala de libros antiguos de la Biblioteca Tulio Febres Cordero de la Universidad de Los Andes (Mérida-Venezuela), tuvimos la oportunidad de acceder a ella y emitir nuestra opinión sobre el estado actual de dicho ejemplar.

Con motivo de haberse cumplido el pasado 15 de febrero cuatrocientos cincuenta años del nacimiento de Galileo, nos sentimos motivados a realizar esta disertación para dar a conocer el tesoro que poseemos y que permanece olvidado en los anaqueles de nuestra biblioteca. Hemos querido hacer algunos comentarios sobre las dos obras, debido a la importancia que tienen para la historia de la física y de los descubrimientos espaciales que cambiaron la concepción del mundo. Ya en su tiempo, algunos sabios que habían visto la importancia de leer en el “Gran Libro del Universo”, para filosofar verdaderamente, consideraron a su autor como un nuevo Colón u otro Vesputio, no por haber descubierto tierras sino por develar lo que se ocultaba en el firmamento mediante su gran invento: el telescopio.

Las polémicas en las que nuestro autor se vio envuelto, con Scheiner, Grassi y otros más, no fueron del todo producto de su temperamento que... *siempre se encontraba dispuesto a la polémica y a mostrar su desbordada y fuerte personalidad*, como dice José Luis Álvarez (p. 223), sino –según nuestra modesta opinión, una vez leídas algunas de sus obras– al afán de los pobres de espíritu de conseguir la gloria que ven a otros conquistar; a que no querían ver y escuchar las verdades que con método claro e instrumentos precisos Galileo estaba siempre dispuesto a demostrar; a su negativa a aceptar las proposiciones falsas, basadas en testimonios escritos, como si fueran verdaderas, cuando bastaba por vía de la experiencia, ver cuantas veces se quisiera y casi tocar con la mano todo aquello que suponían.

No es por soberbia o mero capricho que arremete contra sus adversarios, prueba de ello es que permaneció muchos años callado, aun a regañadientes, obediente a la amonestación sufrida en 1616, que le impedía escribir o publicar nada sobre el copernicanismo. Pero cuando la provocación es demasiado grande, nadie, por muy santo

que sea, se resiste a replicar; recordemos el pasaje bíblico en que el mismo Cristo, ante la insistencia del maligno, la tercera vez que lo tienta lo manda a callar y le ordena adorarlo. Su alusión al conocido adagio de no despertar al perro que duerme tranquilo, es ilustrativo. *El Ensayista* o *Il Saggiatore*, en este sentido es la expresión de sus sentimientos heridos, el grito salido de lo profundo de su consciencia para sostener la verdad de sus proposiciones contra la mentira de los contrarios. Sin embargo, sus enemigos eran poderosos y supieron encontrar argumentos suficientes interpretando falsamente algunos pasajes de sus obras, *Il Saggiatore* y *Diálogos sobre los dos máximos sistemas del mundo* publicado en 1632, para lograr que se realizara el juicio en 1633, fundamentalmente por desacato a la prohibición de 1616, ya enunciada anteriormente, por lo que fue encontrado culpable y obligado –como penitente públicamente– a retractarse y abjurar del sistema copernicano, condenado a reclusión de por vida en su villa de Arcetri y luego en su casa de Florencia, prohibiéndosele salir de la ciudad.

Desde hace algunos años, el caso Galileo ha sido objeto de reinterpretaciones debido al hallazgo de nuevas evidencias relacionadas con la acusación. Dos documentos que habían permanecido ocultos en los archivos del Santo Oficio, salieron a la luz pública: uno conocido como G3 que se refiere al atomismo defendido por Galileo en *Il Saggiatore*, encontrado y reinterpretado por Pietro Redondi en 1982 y otro identificado como EE291 hallado por Mariano Artigas en diciembre de 1999 relacionado con el anterior, estudiado por un equipo de investigadores dirigido por el lamentablemente desaparecido Dr. Artigas de la Universidad de Navarra-España (+2006).²⁴

En un intento por afrontar en forma crítica y serena el caso Galileo, la Iglesia Católica con Juan Pablo II, quien en 1979 había manifestado su deseo de zanjar la cuestión Galileo, creó en 1981 una Comisión Pontificia que finalizó sus actuaciones en 1992. Aun cuando el propio Papa pidió humildemente perdón por los errores cometidos y se celebró una misa de reconocimiento oficial de lo acontecido en el pasado, se ha criticado su mismo discurso al cierre de la Comisión y la labor

de la misma, que no dejó resuelto definitivamente el caso; prueba de ello es la actitud del Papa Benedicto XVI, quien como Cardenal había tenido una postura muy ambigua en 1990. Fue objetado por un grupo de académicos de la Universidad de la Sapienza-Roma quienes no le permitieron pronunciar un discurso en su sede en 2007. Ciencia y fe parecen continuar enfrentadas en pleno siglo XXI, en espera de un reconocimiento definitivo del pensamiento científico por parte de la institución eclesiástica.²⁵

Lámina I



Fuente: Fotografías tomadas por el autor del artículo, del original que se conserva en la Sala de Libros Raros y Antiguos de SERBIULA.

Lámina II

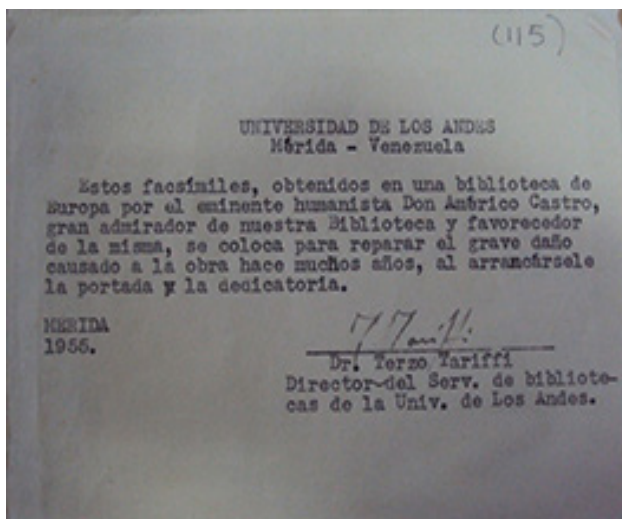
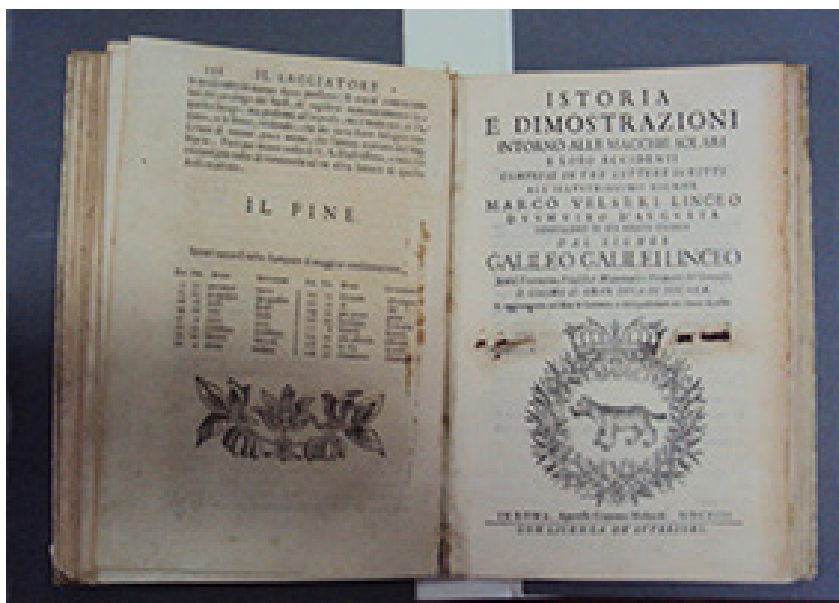


Lámina III



Referencias

- 1 Sobre la minuta de los libros enviados por Torrijos, ver mi trabajo titulado *La biblioteca Torrijos. Minuta de un tesoro bibliográfico*. Mérida, Boletín del Archivo Histórico. ULA Año 7 N° 11, 2008, pp. 13-27.
- 2 Traducido en español con varias acepciones como “*Mensaje sideral, Mensajero de los astros, Mensajero sideral o Noticiero de los astros*, última según la traducción española del MUNCIT 2010. *Noticiero* tiene un doble significado: el que trae noticias, periódico o medio que da noticias, que es la dicotomía de *nuncius*. Angelo de Filiis en su carta al lector de la *Istoria e dimostrazioni delle macchie Solari e loro accidenti*, se refiere a la obra llamándola *Avviso Astronomico*. p.2 y el mismo Galileo traduce el título como *avviso sidéreo*, p.106. En *Il Saggiatore* también la llama del mismo modo. p. 62.
- 3 J. L- Álvarez García, *Luz y sombra de Galileo Galilei*, Revista Mexicana de Física, 55 (2) UNAM, diciembre 2009, pp. 226-27. En algunos puntos estoy en desacuerdo con él.
- 4 Ramón Núñez Centella y José Manuel Sánchez Ron, prólogo de *El Noticiero Sideral*, traducción del latín. MUNCYT, La Coruña y Madrid, 2010, p.27. El subrayado es mío.
- 5 Galileo, Galilei. *Istoria e dimostrazioni in torno alle macchie Solari e loro accidenti*, Roma, Giacomo Mascardi, 1613, pp 103-4. La traducción es mía. Hemos utilizado la edición original microfilmada por Gallique, Bibliothèque Numérique, (BnF) Bibliothèque nationale de France, publicada en internet. gallica.bnf.fr/
- 6 Ramón Núñez Cetella y José Manuel Sánchez Ron. *Op. cit.* p. 28.
- 7 J. L. Álvarez, *Op. cit.* p. 222.
- 8 Galileo, *Op. cit.* p. 54.
- 9 *Idem*, p. 10.
- 10 *Ibidem*, p. 2.
- 11 *Idem*, p. 29.
- 12 *Ibidem*, p. 28. El discípulo a que se refiere es Benedetto Castelli, cuyo método para diseñar las manchas solares lo describe ampliamente en su segunda carta, p. 52.
- 13 *Idem*, p. 56. Ya Galileo había mencionado que en cualquier momento podría presentarse ese fenómeno, p. 54.
- 14 Según la Biblia, el *maná* era una especie de pan con el que Dios alimentó al pueblo hebreo durante su estadía en el desierto y era esperado con gran deseo.
- 15 Galileo, *Op. cit.*, p. 102-3.
- 16 José E. Marquina y otros, *Il Saggiatore. Un libro poco recordado*, WWW.ejournal.unam.mx/cns/04102, N° 41 Enero-Marzo 1996, p. 8.
- 17 J. L. Álvarez, *Op. cit.* p. 224.
- 18 El uso de pseudónimos, anagramas y nombres de otras personas era muy común en los escritores de ese tiempo para protegerse de los juicios de la Santa Inquisición, sobre todo cuando sus proposiciones eran contrarias a los dogmas y a lo aceptado por la Iglesia Católica y para no involucrar a las órdenes religiosas a las que pertenecían muchos de ellos.

- 19 Galileo, *Il Saggiatore*, p. 25. La traducción es mía.
- 20 Polibio, *Historia Universal*, versión castellana de Ambrosio Rui Bamba, Buenos Aires, Solar, 1965, XII,27.
- 21 Sobre la autopsia en Cicerón, ver mi trabajo de ascenso titulado *Consideraciones sobre la idea de la Historia en Cicerón*, Mérida, U.L.A. 1994, p. 91
- 22 Galileo, *Il Saggiatore*, p. 28
- 23 Ver mi trabajo de ascenso *Las fuentes literarias en Heródoto*, Mérida, U.L.A. 1992, p.32.
- 24 Mariano Artigas y otros, *Nueva luz en el caso Galileo*, en *Anuario de historia de la iglesia*, (Facultad de Teología, Universidad de Navarra), 12(2003), pp. 159-179. www.unav.es/cryf.nuevaluzgalileo.html.
- 25 *Idem*, pp. 159-179.